

Una música serena y desesperada

El esplendor y el miedo

ALBERTO VÉLEZ OTÁLVARO
Universidad de Antioquia, Medellín,
2018, 110 pp.

SI SE pregunta por el poeta Alberto Vélez Otálvaro en Colombia muy pocos lo conocen, y la mitad de esos pocos no lo han leído. Algunos poetas de Medellín, donde se dice que nació en 1957 y ha vivido toda su vida, ni siquiera le han visto el rostro o lo han escuchado leer en vivo. Muy pocos saben de sus libros, a pesar de que ha publicado con anterioridad cuatro poemarios: *Para olvidar de memoria* (1982), *Habida palabra* (1987), *Voces de Baguú* (2004) y *Cartas al muerto* (2014). Muy pocos lo reconocen, en esta época en que nos escandalizamos con los premios literarios, a pesar de que a Vélez se le ha otorgado el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia en 1982 y el Premio de Poesía Plural de México en 1987. Un lector curioso podría acotar en tono circunspeto desde una mesa de café: “Pero Vélez escribe, y eso es lo único que vale la pena”.

El esplendor y el miedo, el quinto libro de poesía de Vélez, está integrado por 76 poemas breves en verso libre divididos en cuatro apartados. Podríamos intuir, conociendo a posteriori los poemas en prosa de sus libros *Para olvidar de memoria* y *Voces de Baguú*, que el tema que domina a Vélez es principalmente el tiempo y la muerte.

¿Cómo explicar lo que este libro me produjo? Muy pocas veces en la poesía colombiana había tenido la sensación de que leía un libro perfecto y convincente en forma y tratamiento. Quizá, la única manera es hablando en primera persona de la emoción poética que lenguaje y hombre provocan en el goce estético.

Dice Paul Valéry en su ensayo “Palabras sobre la poesía” (*Obras completas*, 1939) que el término “poesía” designa, en primera instancia, cierto género de emociones, un estado emotivo particular, que puede ser provocado por objetos o circunstancias muy diferentes. Ejemplo, podemos decir que un paisaje, un momento de la vida o

una persona son poéticos. Sin embargo, aclara Valéry, un segundo sentido más estricto nos hace pensar en una extraña industria cuyo objetivo es reconstruir esa emoción que designa el primer sentido de la palabra “poesía”. Reconstruir la emoción poética a voluntad, fuera de las condiciones naturales en las que se produce espontáneamente y mediante los artificios del lenguaje, tal es el propósito del lenguaje.

Creo que toda nota crítica intenta desentrañar dichas relaciones. Por tal motivo, me propongo desanudar algunos aspectos que me parecieron esenciales en *El esplendor y el miedo* de Vélez.

En primera instancia, pesa un *universo reflexivo sobre el tiempo*; el poeta en medio de la naturaleza o de los intersticios de la memoria abre un canal para desmenuzar pinceladas sobre el olvido, la espera, la vejez, la juventud, la historia, el recuerdo del amor, los muertos, la despedida, el retrato y el autorretrato. En “El guamo”, el poema que inaugura el libro, al estilo de Georg Trakl, cae la luz del amanecer sobre el reino del poema para espantar las sombras y no caer en el olvido:

Amanece. Sobre el guamo bañado
De rocío, un mirlo canta.
Sabor del tiempo en esa voz
Y en esas plumas que arden
Sin consumirse. El mundo
Se despierta a sus
Tareas; insiste en
Su afán de no caer en el olvido.
Pobre empeño. La voraz Boca no
Dejará sucio ningún hueso. (p. 11)

Uno de los matices más delicados y emocionantes del libro es de índole física y psicológica: el poeta está parado en la vejez y reflexiona sobre la vejez. La muerte está cerca en todo momento. El poeta teme, huye, conjetura con la sombra. Confiesa, ora, canta para no partir del todo. En el poema “Búsqueda”, bajo el aguacero con viento fuerte, quizá el de la enfermedad, el poeta busca el alma, un madero al que asirse:

Bajo el turbión, busca el alma
perdida.
El tiempo ha pasado desde cuando
Se masturbó por primera vez en el
bosque de robles.

Los años le trajeron mejores
sensaciones
Y ansias más urgentes,
Aunque nunca revivió con tanta
intensidad
Ese pensamiento de haber cruzado
un
Umbral cubierto de flores. (p. 15)

Hay dos movimientos sobre la vejez en el poeta, el primero de orden filosófico y el segundo de orden espiritual. En el primero se acentúan el escepticismo, la desconfianza, la revelación sabia, parca, absoluta. En el poema “Sentencia”, que recuerda en algún instante el comienzo de “Tabaquería” de Fernando Pessoa, el poeta, sentencioso y seguro, se despercude de los enseres terrenales e intelectuales:

No sabrás nada. Nunca sabrás nada.
No te quejes.
¿Qué saben los que mucho saben?
Un día
Tendrás alas en las ingles,
Leerás un poema en el umbral de la
muerte
Y sabrás lo que habías de saber.
(p. 22)

Son innumerables las veces en que la palabra “Dios” se imprime en las páginas de *El esplendor y el miedo*. En el último apartado, titulado “La palabra viene de lejos”, es donde se evidencia más la presencia de Dios. Hay una lejanía y a la vez un diálogo. Se aproxima un viaje o un reencuentro. Alguien parte y no desea irse con el corazón vacío. Se acerca la noche y el poeta no deja de confesar, de escribir nocturnos, de elevar oraciones y plegarias. El poema “Recuento” da fe de ese temor en los recovecos de la memoria:

He olvidado tanto.
La memoria es un anticipo de la
muerte.
Labios que deseé hasta quedarme
mudo,
Senos, caderas generosas. No los
recuerdo ya.

Ahora pienso en Dios
Como quien espera hasta el último
momento
El salto del tigre. (p. 41)

Pero hay más dioses en el calvario del desesperado. En el poema “Cartas a Cóatl” —el dios es maya, el dios

serpiente que cuenta los días o el destino—, el poeta dice: “La plenitud abrió soles en mi carne. / Ya pasó todo. / Estoy vacío. / Pero sé que / Dentro acechan fuerzas, / Me esperan rostros. // De esa espera me alimento” (p. 62).

Sin embargo, el instante de sosiego y felicidad del poeta está en la belleza y en el recuerdo del amor. Otras formas de celebrar la vida y de perpetuarla. Artimañas para aferrarse a la inminente pérdida. Por un instante en el día, en el amor y en el goce estético — quizá otra forma de amor— hallamos la eternidad. En el poema “Música” el poeta insiste en el no morir:

Después del abrazo
El mundo cae sobre nosotros.
No morimos, sin embargo:
Nos salva la música.
La de Mozart
Y esa aún más bella
De la sangre.
En mi oído tu pecho
Es un caracol de sangre.
Oigo el mundo
Y me sorprende la belleza. (p. 40)

Finalmente, es imprescindible llamar la atención sobre la respiración suave, pausada, calculada, de los poemas de *El esplendor y el miedo*. El verso de Vélez va vestido de una inusitada quietud y revelación. Se siente paz y se siente sinceridad en cada página. Menciona en algunos poemas a Li Bai, a Tu Fu, a Li Po, lo que nos obliga a conjeturar que en sus poemas cae la nieve y el silencio de Oriente. Esta música serena y desesperada viaja llena de belleza y de luz. Los poemas de *El esplendor y el miedo* están llenos de vida y cantan con esperanza entre nosotros.

Fredy Yezzed